



Amanda Pedrozo



Disgusto

Sos un tonto y no voy a quedarme con las ganas de decírtelo a la cara una y otra vez para que te des cuenta de lo mal que la pasamos por una estupidez. ¿Celoso vos? Si me lo contaban, no lo creía. Vos, tan bien puesto, tan de traje y corbata, tan en su lugar con la gente.

De todas maneras, ya ocurrió. Ya la pasé mal en la oficina por mi incapacidad de mantener una conversación ajena a mi pensamiento que no dejó de ser vos ni siquiera a la hora del almuerzo, cuando las chicas del segundo piso hacían lo posible por cambiarme la cara con chismes de acosos. Fue ahí mismo que decidí enfrentar las cosas. Nada de dejar crecer el orgullo esperando en el departamento una llamada tuya, un ramo de rosas, un telegrama de disculpas.

Lo del permiso salió, aunque después me sentí mortificada porque no tenía necesidad de recordarle al jefe Matías lo bien que lo cubro cuando los pretextos son suyos. Estaba desesperada, lo admito, de lo contrario no lo hubiese atropellado de esa manera. Dijo

que sí, claro, no se hubiese atrevido a incitar venganza de ningún tipo, menos de una secretaria tan seriecita como yo.

El duchazo en el departamento fue rápido. La impaciencia me enfermaba las vísceras. Algo terrible. Un domingo bonito (como todos los que son contigo), el sol, como un perro apelonado bajo la mesa, nosotros, nuestra lectura juntos. Terminábamos una novela de la Brönte cuyo nombre no viene al caso cuando sonó el timbre. No nos gustó. Nuestro domingo (así lo queríamos) no tenía que ver con otras personas, con ese recuerdo a la avenida principal pegado a sus rostros de visitas.

Era Gustavo. Al verlo no pude evitar el grito de sorpresa, [112] nuestros años de facultad dibujando carteles de protesta contra la suba de aranceles, contra la pérdida de exámenes extraordinarios, contra los profesores del régimen. Gustavo, yo y los muchachos del movimiento estudiantil en el día de la primavera, corriendo entre los autos con el ramo de rosas que repartimos a los conductores hasta que dejamos de sentir los pies.

Nunca oculté a Gustavo porque no había motivos. Lo nuestro jamás llegó a más de una danza juntos en la plaza de Armas, acompañados por la música de las calesitas que como la tristeza, jamás faltaron en la costanera. Estuvo poco. Regresaba al país después de la beca de dos años en España, y sí, era lógica su visita, su disculpa por importarnos, su promesa de volver para una conversación premeditada. Apenas recordaste el beso en la puerta. «Mañana tengo mucho trabajo», dijiste dirigiéndote al pasillo. «¿Tanto para no llamarme?», te grité, y ni siquiera volteaste a mirarme. «Adiós», fue lo último que escuché antes de ver cómo te dejabas tragar por el tubo de la escalera.

Pude tomar un taxi, pero preferí el colectivo con su trayecto establecido, con las esperas en los semáforos, con el cielo como un sueño, flotando sobre las casas. Cuando llegamos no tenía decidido de qué manera enfrentar las cosas. La estación sobra de gente, los supermercados llenos, la luz blanca de los puestos de revistas prendidas como si su agua lechosa pudiese traer con los bichos, a los clientes.

El segundo piso del edificio Solón. Estaba nerviosa. Era estúpido pero lo estaba. Sin embargo, te lo tenía que decir para que no volviese a suceder, para que no me vieses con esos ojos terriblemente enojados por nada, por algo creado por tu mente, por alguna imagen distorsionada que te hiciste viendo el beso afectuoso de Gustavo, el rostro melancólico de Gustavo prometiendo una visita más prolongada.

No volvería a casa sin golpear la puerta, de eso podías estar seguro, pero quizá hubiese avisado para no encontrarte con algún cliente, con un colega, peor, con alguna de esas amigas tuyas tan terriblemente desagradables para mi débil paciencia.

Cuando lo hice, cuando apreté los nudillos contra la plancha de [113] madera estaba furiosa. Todo el drama por una idiotez. Jamás te dí motivos. Nunca salí con más hombres que vos, el único que quise en toda mi vida. Retirabas la silla en aquel momento. Cruzabas la oficina que estaría en penumbras porque así te gustaba, volteabas la llave, sostenías la puerta con la mirada fija en mi cara de maquillaje corrido, de pelo desordenado por el viento. «Roberto Martínez Cela», te dije y como una lluvia, la emoción me mojó los ojos. En medio de todo, tu pecho frío, tu inmenso pecho de

camisa de vestir a rayas con dos brazos indecisos colgando como si no supieses dónde ponerlos, como si no fueses capaz de darte cuenta, ingeniero, que nada de allá afuera me sirve si tus brazos siguen quietos, si no me aprietan como finalmente los dejas hacerlo.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

